

Sección de notas

¿ES UNAMUNO FILOSOFO?

a) Cabe preguntarse si la actuación literaria de Unamuno, dado lo antedicho, es la de un filósofo. Filósofo en el sentido común del término. Si observamos, por poco que sea, la obra de Unamuno, tropezaremos pronto con el pensamiento de que Unamuno es el creador de cierta filosofía, una filosofía propia e individual, alejada de la convencional. De hecho, sería la mera carencia de filosofía hecha sistema, la a-filosofía, la que constituye la base de la filosofía de don Miguel de Unamuno. Su concepto tan especial de la historia, del mundo, de la vida, del ser, del no-ser, de lo que él llama el «serse», su humanismo, todo ello es expresión de un innovador, un creador, un pensador, pero nunca un filósofo convencional. Tal vez por ello, por no ser convencional, Unamuno no crea escuela y el unamunismo muere con Unamuno como nació con él. La obra de Unamuno es un paréntesis en la literatura española, un paréntesis de cierta amplitud, de cierta originalidad, que se estudia, se saborea, pero que no se imita ni se sigue. Cabe tal vez decir que en cada cual hay algo de Unamuno, de su concepto de la vida, de su modo de ser y de pensar y raras veces de expresarse.

Trataremos de justificar todo ello a través de algo de la obra y del pensamiento de don Miguel. De su sentimiento sería más pertinente decir.

b) *La ficción de «Niebla»*: Unamuno es tal vez la respuesta más adecuada para aquellos que quieren encasillar (hablaremos de «encasillar» ya que tratamos de Unamuno), aquellos que quieren encasillar a los escritores en cajones herméticos de géneros literarios anteriores o posteriores. Podemos hallar en Unamuno rastros del preterito romántico francés (y Unamuno vivió mucho en Francia), del romanticismo español, de su contemporáneo y casi-futuro llamado kafkianismo, mucho de la Biblia y de los Evangelios, un sinfín de escuelas y de doctrinas. Con todo, no se puede negar que exista un

denominador común en toda la obra de Unamuno. Este denominador común está en su estilo propio, su forma personal de comprender a través de lo que siente y de expresar lo que comprende y siente a través de sus cinco sentidos.

Entre los puntos principales de este estilo está la falta de claridad, el desorden más ordenado y lo ilimitado de un pensamiento que nunca llega a cristalizarse. Una de las primeras exclamaciones de regocijo salida de boca del personaje de ficción por excelencia de la novela de Unamuno, su Augusto, de *Niebla*, es sin duda o casi sin duda la exclamación siguiente:

Gracias a Dios que sé a dónde voy y que tengo a dónde ir.

¡Augusto acaba de conocer a la que cree ser su novia!, aunque sin saber nada preciso todavía.

Es este el símbolo del hombre perplejo tal cual se lo veía a mediados del siglo pasado, el hombre que no sabe qué hacer con su vida, que duda y vacila, busca sin encontrar y cuando encuentra algo, duda haber encontrado. No cree en nada y para expresarme en tono unamuniano diré que hasta cuando duda o cree, sigue dudando y creyendo aun cuando dejó ya de creer y de dudar. Es que para el personaje de Unamuno, la vida emerge del azar en tal medida, que sólo la casualidad se hace realidad y hasta la realidad no es más que una consecuencia lógica de esta casualidad. Las primeras páginas de *Niebla* servirían para demostrárnoslo. Cuántas veces el pobre Augusto, en camino hacia la casa de Eugenia, tropieza con ella en la calle y ni siquiera repara en ello. La tela de araña que es la calle para Unamuno, con todos sus imprevistos, le hace malas jugadas a Augusto. No existe una lógica comúnmente aceptada ni comprensible entre la causa y los efectos. No hizo Augusto tal cosa para merecer tal cosa. Augusto puede estar en el mismo milímetro cuadrado donde se halla Eugenia, mirarla de frente, pero no por ello habrá encuentro ni contacto entre ellos, mientras el azar no lo disponga, no empuje a uno contra otro; el azar o la fatalidad, claro está. El que estos dos personajes se encuentren o no no dependerá del hecho de que al encaminarse dos seres uno frente al otro, en cierto ángulo, se produce una cruz inevitable entre los dos, y éste es el encuentro fatal, lógico, inevitable. El que se encuentren o no, dependerá únicamente del choque que producirá el azar; nada dependerá de los personajes ni de la situación en que se hallen, el hombre no tendrá nada que hacer con su voluntad ni sus cálculos. Todo se resolverá fuera de ellos, de sus voluntades y los personajes no serán sino títeres después de haber sido creaciones de ficción, de pura ficción y fantasía.

La turbia creación ficticia del personaje de Unamuno es también universal, aunque por lo general no se la quiera reconocer como tal. Así también son los sentimientos humanos que nos describe Unamuno. El hombre, en este caso Augusto, se halla envuelto en una niebla, una niebla tremenda y cruel, humana y hasta casi personificada por su actuación en la obra. El ser está ennegrecido y perdido en ella hasta que... por casualidad... Augusto, después de haber descubierto el amor, su amor por Eugenia, parece salirse un poquito de esa niebla y ver un poco de las cosas de la vida, la misma vida. Claro está que más es lo que adivina que lo que ve. Luego, la claridad da belleza a las cosas y es así, bellas, como ve las cosas cuando asoma fuera de la niebla que lo envuelve.

La confusión llega hasta dominar las cosas de la vida de Unamuno y éste no sabrá nunca si la vida es juego, distracción, realidad o mera ficción. La confusión se opera en la mente de Unamuno tras de haber nacido, por obra suya, en sus obras, una tras otra. El verdadero sentido de la vida se esfumará o se oscurecerá y perderá mucho de su sentido dentro de la niebla que todo lo envuelve en el sentimiento filosófico del alma de Unamuno. La niebla soltará las riendas de la imaginación y ésta también formará parte de la filosofía de Unamuno.

Unamuno habrá leído a Spinoza y sus personajes, su personaje principal en *Niebla*, su Augusto será lo opuesto, diametralmente opuesto, de cierto teorema que Unamuno seguramente estudió y conoció y que citaremos a continuación. Sea como fuere, Augusto carecerá de esta convivencia entre la razón y el sentimiento de la que ya hemos hecho mención. Nos parece que es a pura conciencia: Unamuno habrá tergiversado el espíritu de Augusto para ponerlo en función indirecta con este teorema de Spinoza. Y don Miguel sabía lo que hacía. El teorema reza así:

El alma humana no cubre el conocimiento adecuado de las partes constituyentes del cuerpo humano.

El alma y no la razón. ¿Qué alma tiene Augusto? (1).

En cierta medida nos hallamos enfrentados con una negación de la intra-historia unamuniana, en otro terreno, desde luego.

Hay, nos dirá Spinoza, cierto alejamiento entre el cuerpo humano y la esencia de este cuerpo «salvo en la medida en que la esencia pone al cuerpo en acción». No habrá, pues, conocimiento o conciencia entre el alma humana y el cuerpo humano. Hasta Dios será anterior,

(1) Spinoza: «Ética» (Del Alma), teorema XXIV.

distinto o ajeno al cuerpo humano y su única relación con este cuerpo será el hecho de ponerlo en acción, desde afuera, a través del azar.

El alma humana no se conocerá a sí misma salvo en la medida en que percibe las modificaciones de este cuerpo, nos afirmará el teorema XXIII de este mismo Tratado. Y es precisamente lo que sucederá con Augusto. Se preguntará este personaje si vive o muere, más de una vez; se preguntará igualmente si actúa o si sueña lo que le parece estar viviendo. Carece del mediador entre su pensamiento y sus sentimientos, duda de lo que cree ser la realidad, la verdadera realidad; duda entre la mera duda y la verdad. Dudas, ilusión y desengaños se seguirán casi en fila india a cada paso de la obra de Unamuno. Su desengaño será tal porque él mismo lo habrá querido y lo habrá causado, por azar. Hará decir don Miguel a su creación casi humana Don Avito en *Niebla* que

No hay más que dos legados: el de las ilusiones y el de los desengaños (2).

Son mellizos, el desengaño y la ilusión en la obra de Unamuno y raras veces se separan. Para Unamuno resulta imposible vivir sin ilusiones; el siglo, la poca fe de los hombres de su época, las vicisitudes del siglo que todo lo niega, hacen que Don Miguel piense como piensa. A las ilusiones, claro está, seguirán los desengaños y luego un gran desengaño de todo. Unamuno, a pesar de sus convicciones, encasillará a esta pareja inseparable de sentimientos, en el marco enorme y superior de la Iglesia, no del concepto eclesiástico, sino que de la Iglesia, la construcción física, el hogar donde se medita, donde el hombre busca a Dios y a veces logra encontrarlo. Será entonces en *Niebla* (3) el «hogar de todas las ilusiones y todos los desengaños». Será también el lugar de las dudas, allá donde nos seguirá asegurando Unamuno:

No sé si creo o no creo; sé que rezo (4).

El hombre automáticamente vierte sus quejas, sus pensamientos y sus penas, tal vez hasta sus alegrías ante la imagen de Dios. Reza y ésta es la única realidad, el mero acto de rezar. Lo demás ¿qué será? ¡Niebla!, ¡ilusión! ¿Qué supone rezar para Unamuno? El hombre duda, vacila. La fe esquizofrénica de don Miguel es la que le hace vacilar, dudar y a menudo renegar. Pero reniega tan sólo en apariencia. En

(2) Unamuno: «*Niebla*», p. 75.

(3) Unamuno: «*Niebla*», p. 73.

(4) *Idem*, p. 73.

el fondo sigue creyendo aunque no lo quiera reconocer ni manifestar. Esta duda, esta falta de claridad, este estado de ser y no-ser, éste es otro de los aspectos de la agonía de Unamuno. El mismo se la impuso.

Se deleita en el relato de *Niebla* hasta en ilusiones político-sociales. El extravagante tío de la pseudo novia, Fermín, es o se dice anarquista; pero un anarquista intelectual; teórico, un militante así como los comunistas de salón, los que dicen que son lo que quieren que otros fueran. Su anarquismo es consecuente, ya que para ser un buen anarquista hay que ser también esperantista, y Don Fermín sí que lo es. Anarquista y, sobre todo, no olvide que ha de ser también un buen vegetariano. ¿Cómo se puede ser anarquista sin todo este equipaje? Y hasta la mujer ha de ser independiente, y Eugenia no ha de tomar por novio a Don Augusto si no le da su real gana. Es el hombre de la libertad más absoluta, aunque tema a su mujer y cuando se trata de ella, todo se dice en voz baja y en un tono menor. Para evitar confusiones diremos que Unamuno no era anarquista ni mucho menos. Lo era, como fue también muchas otras cosas, sólo por un instante y tan sólo en forma teórica, esclavo de lo que eran muchos de sus contemporáneos. Su confesión en su *Diario íntimo* nos parece más edificante que todo cuanto pudo haber escrito en su novela. Cedámosle la palabra, cuando nos habla de ideas políticas, de conceptos políticos, de socialismo o de comunismo:

Socialismo o comunismo. El santo comunismo de la comunión, el participar todos de un mismo Dios; el comulgar en espíritu. ¿Qué hace la comunidad del pueblo sino la religión? ¿Qué les une por debajo de la historia, en el curso oscuro de sus humildes labores cotidianas? Los intereses no son más que la liga aparente de la aglomeración, el espíritu común lo da la religión. La religión hace la patria y es la patria del espíritu (5).

A pesar de todo cuanto nos diga, pues, todo se resume en la religión. Acá viene a concluirse, como empezó, todo. Su filosofía es una filosofía que emana del sentimiento, puesto que estas aserciones no pueden nacer fuera del sentimiento y sería dudosa su solidez si se las planteara ante el razonamiento, la crítica puramente filosófica. Esta filosofía es solamente la de la religión, la que se siente aun cuando no se la comprende o expresa.

Otra de las aserciones unamunianas, donde parece olvidar su propia actuación, es la relativa a la palabra. Para él el ser humano habla, y a medida que habla, miente. Como siempre, se servirá de sus perso-

(5) Unamuno: «Diario íntimo», primer cuadernillo.

najes para decir lo que piensa o quiere hacernos que piensa. Hará decir don Miguel a su personaje en *Niebla* lo que sigue:

La palabra, este producto social, se ha hecho para mentir... Lo que es producto social es mentira (6).

¡Pobre sociedad, pobre civilización! La religión, pura y espiritual, la que no se expresa, la que no es producto de la sociedad, ésa será la verdadera. La otra, la que es producto de la sociedad, la que se expresa, la que habrá fundado sociedades, recordemos

La religión hace la patria...

esa ¿qué será? Y todo cuanto escribe Unamuno...

Será ésta otra de las contradicciones de Unamuno. El mismo es un verdadero adepto de la religión, pero no pretendo que sea religioso; será religioso un poco por temor a la muerte y mucho, muchísimo más, por ansia de inmortalidad. Su personaje, su creación, su Augusto, le acusará en *Niebla* de haberlo creado con el único objeto de immortalizarse en él, a través de él; pero no será así como se desarrollarán las cosas. Unamuno perecerá y, nos dirá Augusto, su ficticia creación sobrevivirá. En efecto, Unamuno lo pensó, pero Augusto tenía razón. ¿Quién vive con mayor intensidad en las mentes humanas, en las masas, don Miguel de Cervantes Saavedra o Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza o hasta «Rocinante»? La creación, cuando es universal, sobrevive al mismo creador, y ya lo veremos más adelante, es el hombre quien perpetúa la Imagen de Dios y a través del hombre se conoce a Dios; otra vez el creador a través de su creación.

Unamuno temerá mucho más a su desaparición personal y física del recuerdo social, de la mente de su generación, que la misma muerte física y nos repetiremos si decimos que prefiere todavía la agonía a la mera desaparición.

Seguimos considerando a su *Diario* como la expresión más real, más sincera de su pensamiento. No creemos que haya mentido jamás, pero en su Diario escribió para sí y son raras las veces en que el hombre se suele mentir a sí mismo. Sus cuadernillos del Diario constituyen, a nuestro juicio, una fuente de verdades que nadie tiene el derecho de ignorar al estudiar a Unamuno. Nos dirá en su *Diario íntimo* que el Hombre verdaderamente libre (¿dónde está ese hombre?) no piensa mucho en la muerte. Así se expresará:

(6) Unamuno: «Niebla», p. 96.

Me había fijado en aquella proposición de Spinoza que dice que el hombre libre en todo piensa menos en la muerte, siendo su vida una meditación de la vida misma, no de la muerte.

Y no comprendí que para llegar a ser hombre libre en espíritu y en verdad, era preciso hacerse esclavo y haciéndose esclavo esperar del Señor la libertad que nos permita vivir meditando en la vida misma, en Cristo Jesús (7).

Así se expresó Unamuno en la intimidad de su *Diario íntimo*, en los cuadernitos de esos momentos de verdad que él solía conceder a su atormentada vida. Es que ya lo veremos más adelante: Unamuno tiene un miedo atroz al No-Creer. El No-Creer, según su criterio, lo aniquilaría, si se sometiese a él. Pero creer por temor, por otra parte, resulta en eso que él mismo denominará en otra parte el «querer ser y miedo de dejar de ser». En el «querer» sentimos un tono filosófico-voluntarista, una lógica, la de sobrevivir mientras que el «miedo» aparecerá y sobresaldrá en el aspecto irracional. También ello resulta ser filosofía en el concepto que nos hacemos de la filosofía de Unamuno. Ante este miedo de dejar de ser, tal vez con fe y se puede también pretender sin ella, Don Miguel saldrá de su postulado: «¡Dios es!» Gracias a Dios, diríamos si así fuera. Pero en la mente de Unamuno, por el hecho de creer por temor, creemos que existe siempre aquel maldito grano de duda que no se apartará de la mente ni del corazón de Unamuno. Su anhelo de creer no será jamás otra cosa que el deseo y en este deseo verá una meta, porque jamás se sentirá satisfecho porque nunca dejará de querer creer. ¡Querer! Este anhelo se convertirá en un gerundio eterno en la vida de Unamuno, un gerundio que a veces le conducirá al borde de la fe, para apartarle de ella otras veces. A veces hasta tendemos a creer que un cierto nihilismo aparece de vez en cuando en la mente de este hombre, pero hasta el nihilismo será un nihilismo sui géneris, pues tras de la convicción contraria, el nihil volverá a surgir de sus propias cenizas. Es con cierta sorpresa que leemos esta definición que da del hombre en *Del sentimiento trágico de la vida*. Es otro Unamuno el que parece hablar. Júzguenlo:

Lo que determina a un hombre, lo que hace de un hombre uno y no otro, el que es y no el que no es, un principio de unidad, y un principio de continuidad.

¿Cuál será el verdadero Unamuno? ¿Dónde está la continuidad?

Niebla, la novela de 1914, la de los cincuenta años de edad de

(7) Unamuno: «Diario íntimo», cuadernillo primero.

este hombre, nos expresará en su forma propia y romántico-pseudo-cándida, algo del pensamiento o tal vez del sentimiento filosófico de la época y de Unamuno.

No nos hemos propuesto estudiar *Niebla*, pero sí diremos que toda la obra está resumida en su título. Niebla es la vida de Augusto, niebla es su amor, niebla es su desengaño, más que niebla fuera si todo ese amor hubiera tomado otro camino, niebla es su muerte y niebla resulta ser también lo que nos quiso expresar Unamuno. Es la gran nebulosa de su alma y más aún de la época en que se desenvolvía esta vida. Y es tal la niebla que cada cual puede colocar en su semi-oscuridad, lo que más cuadre con su temperamento y con su vida. Esta semi-oscuridad, esta carencia de evidencia, esta falta de conclusión lógica es la filosofía a-filosófica de Unamuno en su forma más elemental. Don Quijote vivió en su lógica mientras era lo que se llama loco. Dejó de ser lógico cuando se volvió cuerdo. Lo mismo ocurre con Augusto. Lo aceptamos mientras lo consideramos «normal» en términos de Unamuno y dejamos de aceptarlo cuando sabemos su origen, cuando sale de la niebla. Le compadecemos. Esta es la filosofía de Unamuno.

En otras obras que ya veremos será tal vez más categórico el autor en sus aserciones, pero siempre y tenazmente a-filosófico. La filosofía, en su tren convencional, será otra forma del encasillamiento del que huirá siempre don Miguel.

c) *Rasgos de su pensamiento en «La agonía del cristianismo»:* Unamuno padeció de varias agonías. Semánticamente, cada lucha por la vida al umbral de la muerte es una agonía; cada lucha, cada sufrimiento, cada percance era una agonía para Unamuno. La filosofía personal que desarrolla en *El sentimiento trágico de la vida* a veces se pierde, diluido; a veces se consume, concuerda y se destaca; otras veces con fuerza creciente parece rebelarse contra lo dicho ya en *La agonía del cristianismo*. No es que desmienta su pensamiento, sino que éste va fluctuando según las circunstancias y los estados de ánimo. Para Unamuno no existe la rigidez, lo absoluto, y en *El sentimiento trágico de la vida* llegará hasta elogiar a ese «supremo consuelo» que es la incertidumbre (8). Unamuno seguirá buscando sin descanso al hombre o más bien al intra-hombre, aquel que se halla más allá o más acá, quién sabe. Correrá desesperadamente tras lo que nunca encontrará, tal vez lo inexistente. Unamuno no lo dirá, pero buscará constantemente y tal vez inconscientemente cierto idílico paraíso donde se vive eternamente; su formación clásica

(8) Unamuno: «El sentimiento trágico de la vida», p. 836.

le conducirá desde el viejo judaísmo, a través del cristianismo, el budhismo que parecer haber conocido, hasta el tardío protestantismo y el desértico Islam.

Lo que él define agonía no será en este caso más que el purgatorio que conduce al paraíso, saltando de una fe a otra sin darse cuenta de ello, hasta llegar a ese albergue que todas las mitologías, todas las religiones crearon, la post-vida a cuya cabeza se halla el mito de los mitos, el mismo Dios. El judaísmo considera el sufrimiento en esta tierra como una casi-garantía de saldo de cuentas para el paraíso; lo mismo ocurrirá con otras religiones. En el seno, pues, de este mito supremo que es Dios se podrá refugiar la intra-vida añorada; el ser humano, en su esencia, no perecerá totalmente, algo de él permanecerá en lo que nuestra pobre mente, pobre y limitada, supone ser la eternidad, la vida futura de la que tanto hablan todas las religiones. ¡La verdad! Escuchemos cómo se expresa Unamuno sobre este particular, para poder juzgarlo mejor a raíz de lo que recién acabamos de asegurar:

Ensueños mitológicos se dirá... Pero es que el ensueño mitológico ¿no contiene la verdad? ¿Es que el ensueño y el mito no son acaso revelaciones de una verdad inefable, de una verdad irracional, de una verdad que no puede probarse? (9).

En la mente de Unamuno sólo cuenta la verdad irracional, la que no puede probarse: ensueños y mitología constituyen ambos una prueba más de su filosofía a-filosófica.

Pero los ensueños mitológicos y la incertidumbre habrán dado el ser o habrán nacido de la agónica mitología tal cual la concibe Unamuno, de la incertidumbre irracional que le produce la religión institucionalizada que decretó el itinerario de la vida hasta la muerte y la agonía de sufrimientos que emana, según suponemos, de la falta de fe. Fingirá Unamuno hasta el mismo sentimiento y lo convertirá a veces en fe inefable e irracional; desde luego este sentimiento será más tarde inexistente, como el molde que da la forma para desaparecer después. Lo irreal que se supone en el personaje de Augusto será lo irreal de la fe de Unamuno. Augusto vive mientras es irreal y ficticio, mientras no siente la realidad del no-ser; morirá cuando se humaniza, cuando siente que no es. Todo está, pues, en el sentimiento, la realidad parece ser lo más irreal de este pensamiento que es a veces el de Unamuno. Unamuno crea un antagonismo filosófico que

(9) Unamuno: «Del sentimiento trágico de la vida», X, 959.

llamaremos el ser del No-Ser. ¿Cuándo se es realmente para Unamuno? Se existe, como existió Augusto, pendiente de la voluntad de Don Miguel, se existe mientras la existencia no es real. Este concepto estalla en el pensamiento de Unamuno a través de casi toda su obra.

El verbo ser adquiere un valor y una fuerza incalculables en la obra y en el pensamiento de Unamuno.

En realidad, ¿qué resulta ser la vida, sino un pobre incidente de la eternidad, un incidente que la muerte pone en evidencia como la oscuridad destaca la existencia de la luz? El ser humano no es, en su esencia, más que un accidente, un capricho del destino, del autor de una obra, nos insinuará Unamuno, un sueño, pues, que desaparecerá como tal, como mera ficción. ¿Reminiscencia de la vida es un sueño? Cuando pensamos que ese sueño es la vida misma en la obra de Unamuno, no podemos menos que detenernos un instante y pensar en esa interferencia que es el sueño-vida-confusión-ilusión, que constituye una de las bases primordiales de la filosofía de Unamuno. Hasta el mismo Dios, esta Verdad-No Existencia-Ilimitada, Dios mismo, en la nebulosa tremenda del pensamiento de Unamuno no es más que un sueño. Cuando el hombre se despierta de este sueño divino, se halla frente a frente con la faz alternativa, con el ateísmo, ya que el sueño de Dios habrá desaparecido, habrása ya esfumado. En la medida en que el hombre quiere seguir soñando, así también seguirá creyendo; mientras sueña, pues, cree, y mientras cree, goza; cuando se despierta y reniega, muere para Unamuno. En esta confusión cabe preguntarse ¿quién creó a quién? ¿El Dios-Sueño al hombre o el hombre a Dios? Pero para Unamuno, Dios no será más que la creación del hombre, pues vivirá en él. Nos dirá además Unamuno que

Dios nos sueña.

Si así es, el hombre se ve reflejado en su propia creación que es, pues, Dios; aquí verá mejor su pensamiento y se reconocerá como ante una pantalla, sin dificultad; allí verá también sus deseos reflejados en la forma cabal de su realización. A veces tenemos la impresión que Unamuno se divierte con nosotros, con el mundo, pero preferimos tomarlo en serio y pensar que lo que nos dice y sobre todo lo que nos insinúa, pues más insinúa que dice, es el fondo verdadero de su personalidad educadora, de su fondo filosófico, es una advertencia a la humanidad, a la duda, a la imperfección del ser humano en este mundo. Ya dirá en otro contexto, tratando de esta misma afirmación:

Y lo más de mi labor ha sido siempre inquietar a mis prójimos, removerles el poso del corazón, angustiarlos si puedo (10).

Esta angustia que tanto parece querer está bien en el marco de la filosofía de Unamuno. Y en cuanto al aspecto educador, dirá en este mismo contexto:

Sacar del ocio y permitir buscar la verdad. — MOISE EDERY (B. P. 3597. 91033 JERUSALEM).

(10) Unamuno: «Mi religión y otros ensayos breves».

LOS EMIGRANTES RUSOS EN LAS NOVELAS DE BAROJA

En algunas de sus últimas novelas, Baroja presenta emigrantes rusos, víctimas, en su mayor parte, de la revolución bolchevique de 1917. Estos personajes rusos que aparecen en algunas de sus novelas y narraciones escritas entre los años 1920 y 1949, viven sus imaginarias vidas entre 1920 y 1939.

Ya en 1913, Baroja conoció a una dama rusa en San Sebastián. La presenta por primera vez en su novela *La sensualidad pervertida* (1920), pero más tarde, en 1947, vuelve a aparecer en una narración autobiográfica: *Intermedio sentimental*, esta vez como amiga suya en la vida real. Otro ruso, a quien Baroja conoció también en la realidad, y a quien menciona en *Un aviador ruso* (1948), aparece por primera vez como personaje novelesco en *Las veleidades de la fortuna* (1920). En la novela se menciona el verdadero nombre del protagonista, «Nicolás Barsof», y allí se explica la razón del cambio de nombre. Otro encuentro con una persona rusa tuvo lugar cuando Baroja, después de haber abandonado España al estallar la guerra civil, pasó una temporada en San Juan de Luz, muy cerca de la frontera española. Ferrero escribe: «En una de las raras ocasiones en que Baroja fue a la playa de San Juan de Luz encontróse con una rusa que había vivido en España, actuando como violinista. La rusa le saludó y le expresó que le hablaba para aconsejarle que debía marcharse a París, donde hallaría más tranquilidad de espíritu, alejado de la influencia de la frontera» (1). Desgraciadamente, la existencia de esta dama permaneció desconocida, excepto por haber sido

(1) *Vida de Pío Baroja*, p. 244.